
LA COMUNIDAD: ENTRE LA INTEGRACION Y LA IGUALDAD*

Rafael Gobernado Arribas

El objetivo de esta reflexión es el discernimiento de la importancia que tiene la integración frente a la igualdad en el desarrollo de la comunidad, en sus múltiples manifestaciones que la han ido conformando: como *utopía*, *praxis* o como *realidad espontánea*.

La praxis y la utopía comunitaria han sido una constante cultural del mundo de Occidente. La unidad comunal pequeña, aislada, defendida del exterior, pacífica y feliz en su interior, es la idea básica que se encuentra tanto en la ciudad arquetípica helénica como en el paraíso de la tradición judeocristiana. No es muy osado establecer paralelismos entre la comunidad utópica y el claustro materno. La búsqueda de la seguridad y tranquilidad del estado previo al nacimiento ha de ser considerada como una de las principales fuerzas instigadoras de la utopía del enfoque comunitario. La personalidad humana ha sido modelada en organizaciones sociales de este tipo durante milenios; de ahí cierto anhelo también de repetir situaciones semejantes. Por su parte, los teóricos han puesto de manifiesto funciones que el grupo local comunitario cumple respecto a la organización social y respecto a la personalidad. Estas funciones, que fundamentalmente son la de control social y satisfacción psicológica, pueden ser cumplidas por instituciones de carácter formal ajenas a la comunidad local; sin embargo, no han tenido tanto éxito como para hacer ol-

* Este trabajo forma parte de otro más amplio que aparecerá publicado próximamente.

vidar la antigua comunidad. Por último, no ha de olvidarse que el período infantil de la socialización ocurre principalmente dentro de grupos primarios que tienen mucho que ver con la idea de comunidad. Todo ello predispone a cierta idealización del fenómeno comunitario, así como a un interés constante por establecer organizaciones sociales de ese tipo. El carácter profundo y arraigado de la noción de comunidad se aprecia en dos ideas de carácter simbólico que suelen acompañar a todas las manifestaciones utópicas o prácticas en cuestión. En primer lugar, hay que destacar la importancia de la figura del «promotor», fundador o instigador de la comunidad. Este promotor ha de ser interpretado como una representación del dios o del padre «creador» y defensor del grupo social. En segundo lugar, nos encontramos con la inmutabilidad que se quiere imponer al sistema social utópico. El cambio social no existe porque ya no es necesario: se ha llegado a la situación ideal. En la utopía no hay tiempo; incluso la muerte pierde su negritud.

1. *La integración*

La gran preocupación de la comunidad es su mantenimiento y su reproducción. Para ello, el principal problema que ha de resolver es el de su integración. El mantenimiento de la cohesión de sus partes, en un orden determinado, es requisito imprescindible de la perduración de la comunidad. Así lo han entendido la mayor parte de los teóricos del enfoque comunitario. La igualdad o desigualdad social sólo tienen interés en la medida en que sirven a la finalidad de la integración. Esto presupone que el todo social está por encima de los individuos miembros del grupo. A partir de esta idea general, las comunidades han ideado multitud de mecanismos de integración. Entre las *comunidades de carácter espontáneo*, los mecanismos de integración se basan, en principio, en una indiferenciación funcional económica. Es decir, la actividad económica no se distingue de otros tipos de actividad social. No obstante, esto no es suficiente. La persona del jefe o líder es un aglutinante de singular fuerza en el grupo local. Mediante el papel de jefe se consigue un entramado social de carácter más amplio que el puramente doméstico. No obstante la figura del jefe, la unidad doméstica nunca se diluye en la realidad grupal comunitaria¹. No siempre es decisiva la presencia de un jefe. Entre los Nuer, el mecanismo de integración consistía en una articulación social en grupos convenientemente orientada al conflicto, de forma que el conflicto frente a grupos de características similares fortaleciera la integración interna de cada grupo en liza². Esto tiene el mismo fundamento que la armonía pasional del nuevo mundo de Fourier, en donde multitud de agrupaciones de

¹ Sobre el «modo de producción doméstico» y su relación con la comunidad, véase M. SAHLINS, *Economía de la Edad de Piedra* (1.ª ed., 1974), Akal, Madrid, 1983, especialmente p. 141.

² E. E. EVANS-PRITCHARD, *Los Nuer* (1.ª ed., 1940), Anagrama, Barcelona, 1977, p. 151.

carácter cambiante entran en competencia para obtener objetivos paralelos³. La diferencia con los Nuer es la obligada cortesía de los falansterios de Fourier. El intercambio a través de donaciones de los argonautas del Pacífico occidental es otra forma de integración cuando el papel de jefe no está acompañado del poder estricto suficiente⁴. La donación como sistema de integración social fue jocosamente descrita por Rabelais en *Gargantua* cuando, en cierto momento, se hace referencia a una ciudad feliz de deudores, «puesto que sería un mundo delicioso aquel en el que todos estuvieran endeudados, o sea, en el que cada uno debiera algo a su vecino», ya que esto obligaría a mantener unas excelentes relaciones entre sí para salvaguardar sus préstamos⁵. La movilidad social de las unidades domésticas, siguiendo el ciclo familiar, es otra fuente de integración comunitaria. Esta situación de movilidad genera una conciencia de dependencia entre las familias, ya que en ningún momento el grupo doméstico puede considerarse excluido del proceso⁶.

La *praxis comunitaria*, es decir, los intentos de planificar comunidades, con la contradicción que ello supone, ha elaborado otros mecanismos de integración social. El establecimiento de relaciones directas entre los individuos es el objetivo último de casi todos los proyectos de comunidad. Es de suponer que, una vez establecidas las relaciones cara a cara, la integración deje de ser un problema. Para llegar a esa situación es preciso reducir todas las mediaciones del tipo que sean, tanto técnicas como sociales. La simplificación del proceso productivo, la reducción del consumo, el mantenimiento de un nivel bajo de desarrollo, la reestructuración de las viejas instituciones, etc., son actuaciones orientadas a conseguir que las relaciones entre los individuos sean lo menos mediatizadas posible⁷. A ello colabora, además, la propensión a aislar la organización comunal frente al exterior, así como cierto interés en la selección previa de los miembros de la comunidad planificada. El sentimiento de integración es conseguido también mediante la participación democrática en la toma de decisiones de la organización. La participación no solamente se orienta hacia la eficacia (en sentido estricto) de la gerencia de la comunidad, sino también hacia la integración interna de la misma⁸. El autogobierno, o

³ Ch. FOURIER, *Teoría de los cuatro movimientos* (1808), Barral, Barcelona, 1974, pp. 22-32.

⁴ B. MALINOWSKI, *Los argonautas del Pacífico Occidental* (1.ª ed., 1922), Península, Barcelona, 1975, pp. 95 y ss.

⁵ F. E. MANUEL y F. P. MANUEL, *El pensamiento utópico en el mundo occidental*, tomo I: *Antecedentes y nacimiento de la utopía (hasta el siglo XVI)* (1.ª ed., 1979), Madrid, Taurus, 1984, p. 192.

⁶ T. SHANIN, *La clase incómoda* (1.ª ed., 1972), Alianza, Madrid, 1983; véase también A. V. CHAYANOV, *La organización de la unidad económica campesina* (1.ª ed., 1925), Nueva Visión, Buenos Aires, 1974, especialmente cap. 1, pp. 47-68.

⁷ Ejemplos de esta tendencia son I. ILLICH, *La convivencialidad* (1.ª ed., 1973), Barral, Barcelona, 1978; E. F. SCHUMACHER, *Lo pequeño es hermoso* (1.ª ed., 1973), Blume, Madrid, 1978, y, en cierta medida, también R. H. TAWNEY, *La sociedad adquisitiva* (1.ª ed., 1921), Alianza, Madrid, 1972.

⁸ La importancia de la participación es básica tanto en el «desarrollo comunitario» como en el «movimiento cooperativista»: A. GARCÍA LIZANA, *Crisis, política económica y*

independencia respecto a instancias exteriores, también es otro mecanismo digno de consideración. Sin embargo, y en contraposición a esto, el papel de «asistente social» o «trabajador social» es clave para comprender el mantenimiento de relaciones afectivas en el desarrollo comunitario. El asistente social es un manipulador bajo el control del promotor o instancia externa a la comunidad⁹. Tampoco hay que olvidar el papel que en la comunidad planificada juega el conflicto frente al exterior. En la comuna contracultural, éste es, casi, el único motivo que permite mantener agrupada, aunque de forma efímera, a la comuna¹⁰.

La *utopía comunitaria* también ha dado sus soluciones al problema de la integración social. En general, se pueden distinguir dos momentos: antes del siglo XIX se dirigía el énfasis hacia la moral o la religión como elemento integrador; después, la atención recayó en el modo de producción alrededor del cual se estructuraba la comunidad. Entre los primeros, recordemos la idea de justicia en Platón, o la de ética y religión en T. Moro, o la de sabiduría en F. Bacon. Para Ludovico Agostini (*La República Imaginaria*, escrita a finales de 1580)¹¹, la unión de la asociación hay que basarla en la «misericordia». En el siglo XIX, el sistema de producción adquirió una importancia capital para estructurar la comunidad. La cohesión interna se lograba a través de las relaciones de trabajo. Todo aquello que entorpeciera las relaciones laborales humanas debía de ser eliminado. El valor de la mercancía venía dado por el valor trabajo, no por el valor de cambio. El valor trabajo es el que une a las personas. Para algunos, el hecho de autoabastecimiento ya era suficiente motivo de integración (Owen). Otros simplemente encuentran en el modo de producción un pretexto para desarrollar todas las potencialidades humanas (Fourier). También existen otras utopías cuyos fundamentos de integración son diferentes a los anteriores. Así, por ejemplo, los utopistas italianos de los siglos XV y XVI, arquitectos, pensaron que la unión de la comunidad era una consecuencia natural de la estructura física de las ciudades. Filarete (*Sforzinda*, sobre 1460) propone incluso un plan de construcciones para entretener y aunar a todo un ejército de operarios¹².

participación. Universidad de Málaga, Málaga, 1982; T. R. BATTEN, *Las comunidades y su desarrollo* (1.ª ed., 1957), FCE, México, 1964; H. MADDICK, *Democracia, comunidad y desarrollo* (1.ª ed., 1963), Troquel, Buenos Aires, 1966; J. DEL PINO ARTACHO, *El cooperativismo en Málaga*, Diputación de Málaga, Málaga, 1974; H. H. INFIELD, *Comunidades cooperativistas*, Intercoop, Buenos Aires, 1971; G. MLADENATZ, *Historia de las doctrinas cooperativas* (1.ª ed., 1933), Intercoop, Buenos Aires, 1969.

⁹ I. T. SANDERS, «Desarrollo de la comunidad», *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, Aguilar, Madrid, 1976, vol. 2, pp. 635-639.

¹⁰ Sobre la comuna contracultural, K. MELVILLE, *Las comunas en la contracultura* (1.ª ed., 1972), Kairós, Barcelona, 1976; Th. ROSZAK, *El nacimiento de una contracultura* (1.ª ed., 1968), Kairós, Barcelona, 1980.

¹¹ F. E. MANUEL y F. P. MANUEL, *El pensamiento utópico en el mundo occidental*, tomo I: *Antecedentes y nacimiento de la utopía (hasta el siglo XVI)*, ob. cit., p. 217.

¹² F. E. MANUEL y F. P. MANUEL, *El pensamiento utópico en el mundo occidental*, tomo I: *Antecedentes y nacimiento de la utopía (hasta el siglo XVI)*, ob. cit., p. 228.

2. La igualdad

De acuerdo con lo anterior, el tema de la igualdad y desigualdad social es secundario en la praxis y utopía comunitaria, aunque ciertos autores expliciten lo contrario¹³. En el enfoque comunitario se pueden apreciar factores que inducen a la igualdad y factores que provocan la desigualdad social. La existencia de esos factores hay que buscarla en la propia estructura comunitaria. Entre los factores tendentes a la igualdad destacan los siguientes: Las relaciones directas entre los individuos son una fuente de igualación social. De igual manera, la pequeñez del número de miembros es otro factor que limita las posibilidades de desigualdad. El tamaño pequeño de la agrupación es una condición necesaria para mantener las relaciones cara a cara; de ahí que ambos factores operen paralelos en la tendencia a la igualdad de la comunidad. La escasa división funcional está también estrechamente ligada a la pequeñez del grupo, y es un factor importante para la igualación social¹⁴. Estos tres aspectos, a su vez, coinciden en el hecho de impedir una distinción clara de la actividad económica respecto a cualquier otra actividad comunal. En una situación social caracterizada por los rasgos anteriores, se vuelve todavía más difícil aislar los aspectos racionales de los afectivos en el comportamiento humano. La actividad en la comunidad se orienta tanto hacia la armonización del grupo como hacia la eficacia productiva del mismo. A ello colabora también el hecho de que la producción está dirigida preferentemente hacia el propio consumo. Solamente en los casos más lejanos a la idea de comunidad (como es el caso de la cooperativa-empresa), la producción se orienta hacia el intercambio. Precisamente el intercambio estimula la producción de excedentes y, de paso, facilita la acumulación y como consecuencia la desigualdad. Mientras que la producción para el consumo propio tiene unos límites precisos, como son las propias necesidades, por lo que la sobreproducción deja de tener sentido¹⁵. Otro factor de igualación proviene de organizar el grupo más allá de la familia y del parentesco, ya que las diferencias sociales se dan preferentemente a nivel de unidad doméstica, no a nivel individual. Por último, hay que llamar la atención sobre los diferentes modos elaborados en las sociedades tradicionales basadas en la comunidad para redistribuir las fortunas acumuladas. Recordemos, entre otros modos de redistribución, la necesidad de magnanimidad para conservar el liderazgo, o la institución de la «venganza» entre los Nuer¹⁶, o, más próximo a nosotros, la movilidad social de

¹³ Ejemplo del interés por la igualdad son las utopías del siglo XVIII: MURELLY, *Basilide* (1753), y MABLY, *Los derechos y los deberes del ciudadano* (1758). En la misma línea, algo posterior, CABET, *Icaria*.

¹⁴ Estos son los rasgos que A. HAWLEY, *Ecología humana* (1.ª ed., 1950), Tecnos, Madrid, 1972, p. 228, otorga a la «comunidad independiente».

¹⁵ M. SAHLINS, *Economía de la Edad de Piedra*, ob. cit., p. 30, afirma que, en los pueblos recolectores, el trabajo se detiene en el momento en que se ha reunido suficiente alimento para el grupo.

¹⁶ E. E. EVANS-PRITCHARD, *Los Nuer*, ob. cit., p. 178. Parece ser que, entre los Nuer,

los grupos domésticos en la sociedad rural de acuerdo con el ciclo familiar.

Los condicionamientos anteriores, mantenedores de unos niveles aceptables de desigualdad, se producen de forma espontánea. Pero, además, los *teóricos* y *utópicos* han propuesto otras soluciones para la búsqueda y mantenimiento de la igualdad en la comunidad. La fórmula más evidente es la difusión de valores igualatorios. El más general de ellos es la afirmación platónica de que todos los miembros de su ciudad tienen derecho a la felicidad, sin exclusión. Otros valores, secundarios al tema de la igualdad, consiguen, sin embargo, parecido efecto: la valoración del trabajo frente al ocio; el descrédito de la competencia como modelo de interacción social; la crítica a la idea de que el interés privado sea el norte que guíe la organización social; la reprobación, manifiesta o latente, de la propiedad privada¹⁷, etc. La ruptura que supone esta escala de valores respecto a la comúnmente aceptada justifica la importancia que los utópicos, desde Platón, dan al proceso educativo. Otro mecanismo de igualación, de distinto orden que los valores, es la organización social en base a la participación en la toma de decisiones. La participación de carácter democrático es la manifestación más formal de esta participación, aunque no la única, ya que las relaciones cara a cara permiten otros tipos de participación directa. La alternancia en los puestos directivos es considerada muy importante para la buena marcha de la organización y, de paso, es un buen mecanismo nivelador. Pero donde los autores ponen más énfasis es en el control de la división social del trabajo. Evidentemente, es ahí donde radica la principal fuente de desigualdad. Por eso son muchos los que abogan por un mantenimiento artificial de niveles bajos de tecnificación, para evitar la complejidad de la estructura ocupacional. Para otros, aun manteniendo esos niveles bajos de tecnificación, la solución se encuentra en una rotación constante de los puestos de trabajo, de forma que todos realicen todas las funciones. El complemento a esta idea es el desarrollo del concepto de trabajo atractivo, de actividad compensatoria o, también, de trabajo lúdico y estético¹⁸. Desde luego, la fórmula más original de acercarse a la igualdad es la pretensión de Fourier de dejar completamente libre a la desigualdad, aunque nos recuerda mucho a la «mano invisible» de A. Smith.

la ofensa es moneda corriente. Esto provoca un sentimiento de venganza que sólo puede ser saciado mediante la agresión de similares características a la familia del agresor, o también mediante la compensación oportuna con un número suficiente de cabezas de ganado que la familia ofendida recibirá de la familia del ofensor. Mediante este sistema se consigue un tráfico fluido de cabezas de ganado por todas las familias.

¹⁷ La crítica de propiedad privada es una constante en todas las utopías, desde Platón a Skinner. Solamente Fourier, en el plano teórico, admitió la necesidad del sentimiento de propiedad privada como útil para la comunidad. La praxis comunitaria, sin embargo, tuvo que doblegarse repetidas veces ante la dificultad de suprimir la propiedad privada.

¹⁸ Sobre el aspecto lúdico del trabajo, Ch. FOURIER, *La armonía pasional del nuevo mundo*, Taurus, Madrid, 1973. Más actual, H. MARCUSE, *Eros y Civilización* (1.ª ed., 1953), Ariel, Barcelona, 1981. La idea de actividad compensatoria fue ya expuesta por Adam SMITH en *La riqueza de las naciones* (1886).

3. *La desigualdad y el conflicto en la praxis comunitaria*

Pero, junto a estos factores que tienden a la igualdad, el enfoque comunitario genera otros que, contrariamente, estimulan la desigualdad. Así, por ejemplo, la propia necesidad de integración suele necesitar la figura de un jefe local. Normalmente, gracias a este jefe se consigue superar la unidad doméstica independiente, formando un grupo local. En el mundo tradicional, la unidad doméstica proyecta, además, sobre la comunidad su propio sistema de estructuración interna basado en la edad y el sexo. En la medida en que el grupo se aísla, la figura de «forastero» adquiere un papel más relevante, bien como fuente de prestigio o como fuente de explotación. En la *comunidad planificada*, la tendencia a la desigualdad se acentúa. En primer lugar, porque se necesita una instancia exterior a la organización que promueva la misma. Esta instancia ha de tener sus colaboradores en la comunidad. De esta forma es fácil que se estructuren dos jerarquías paralelas y proclives al conflicto. Pero también surge una tecnocracia que, aunque introducida por la entidad promotora, no deja de tener cierta independencia. Esta tecnocracia está relacionada con la escala de valores articulados alrededor de la idea de desarrollo material y social que suele animar el establecimiento de estas comunidades planificadas. Por su parte, en las *utopías comunitarias* no se oculta una visión elitista y aristocratizante de la vida social. Aunque, aparentemente, se oriente a la consecución de una realidad social más igualitaria, los medios están en manos de unos pocos. Todo ello se encuentra relacionado con una escala de valores que prima los elementos espirituales e intelectuales (cognitivos, éticos y estéticos) sobre los materiales. Este tipo de valores tiene mucho que ver con la idea de «los pocos» frente a «los muchos»¹⁹. La misma idea de inmovilidad histórica que subyace a las utopías literarias es un indicador más de estratificación en castas sociales. Finalmente, existe la experiencia continuada de que una comunidad necesita un mínimo de estructuración interna si quiere sobrevivir.

La información anterior nos permite prever el esbozo del sistema social —definido por su desigualdad— que cualquier tipo de *praxis comunitaria* acaba desarrollando en su interior. Y para ello partimos de una serie de dicotomías cuyos polos son, normalmente, fuente de conflicto. La primera de ellas es la que se establece entre la comunidad y su exterior. Teniendo en cuenta la necesidad de integración de este sistema social, es previsible el desarrollo de un doble sentimiento de pertenencia, uno positivo y otro negativo. La idea del «nosotros» siempre va acompañada de la idea de «los otros». Hay, por lo tanto, un claro rompimiento entre los de fuera y los de dentro. Esto se acentúa en la medida en que la *praxis comunitaria* difícilmente puede llegar a ser un sistema social universal, formado por redes de unidades co-

¹⁹ C. BRINTON, «Utopía y democracia», en F. E. MANUEL (comp.), *Utopías y Pensamiento Utópico*, Espasa Universitaria, Madrid, 1982, p. 83.

munitarias articuladas, como pretendían muchos de sus defensores. El enfoque comunitario no es actualmente una alternativa social posible; es un complemento que se desarrolla en contadas ocasiones. No hay posibilidad de que los de fuera estén algún día dentro. Pero, además, la praxis comunitaria sin el exterior no sería posible. De fuera recibe personas, ideas o mercancías. En la *utopía clásica*, el exterior era fuente de esclavos para los trabajos más ingratos. Para F. Bacon, gran parte de los conocimientos científicos provenían del exterior, merced a una eficaz red de espionaje. En la *praxis comunitaria actual*, la dependencia se hace más patente al participar de los sistemas de mercado o, en otros casos, por la importancia de la figura del promotor, situada siempre en el exterior. El forastero difícilmente podrá ser integrado por completo en la comunidad. Ocupará, normalmente, una posición por encima o por debajo de la jerarquía social comunitaria, pero no igual. También de carácter general, otra dicotomía a la que ya hemos hecho alusión repetidas veces es la de «los pocos» y «los muchos». Esta visión aristocratizante de la comunidad no está reñida con cierto nivel de igualitarismo. Es más bien una consecuencia inevitable de la organización comunal. La necesidad de jefe local para la integración, la figura del promotor, el espíritu elitista del humanismo que rodeó la formulación de las utopías renacentistas (así como las utopías de Platón), etcétera, son causas que justifican semejante organización social, como ya vimos. Ahora bien, se trata de un elitismo cuyo objetivo es el desarrollo integral de la personalidad de todos y cada uno de los miembros de la comunidad. Es, por lo tanto, un objetivo igualatorio.

En este marco general destacan otras dicotomías más concretas. En primer lugar hablaremos de la que se establece entre la autoridad espontánea de la comunidad *versus* el resto del grupo local. Esta dicotomía no suele ser muy acusada. Ya repasamos los factores que suelen atemperar este tipo de diferenciación social. No obstante, el influjo que pueda tener esta estructuración espontánea suele ser superior al de una estructuración planificada. En segundo lugar hay que llamar la atención sobre la dicotomía «promotor» *versus* «promocionados». Esta goza de las características de las dicotomías ya aludidas: «fuera» *versus* «dentro» y, también, la de «los pocos» *versus* «los muchos». Es la principal fuente de conflictos latentes. La mayor parte de los fracasos de la praxis comunitaria provienen del mal acoplamiento de estos dos elementos²⁰. La entidad promotora oscila desde las Naciones Unidas o la Iglesia católica, para muchos casos de desarrollo comunitario, hasta organizaciones de carácter económico-empresarial, para cooperativas textiles del sur de España. En cualquiera de los casos se aprecia la disparidad cultural entre el promotor y los promocionados. La diferencia de concepción del mundo, de escala de

²⁰ T. R. BATTEN, *Las comunidades y su desarrollo* (1.ª ed., 1962), Euroamérica, Madrid, 1965, pp. 15, 22 y 35, afirma que, a partir de un cierto número de errores, expuestos a modo de ejemplo por este autor, prevaleció la idea de aprovechar al máximo la organización comunitaria existente. De ahí que el punto de partida para el desarrollo comunitario es el mantenimiento de la estructura de la desigualdad social imperante en la comunidad.

valores, de idea de lo humano y divino, hace sumamente difícil la adecuación de unos y otros. El desarrollo de la antropología no se encuentra muy lejos de esta necesidad de adecuación en la primera mitad de nuestro siglo.

Más cerca de la vida cotidiana destacan otras dicotomías presumiblemente conflictivas. Entre ellas figura la que se da entre promotor, por un lado, y, por otro, la tecnocracia montada para conseguir los objetivos del mismo promotor. La tecnocracia tiene una dinámica propia y espontánea, independiente del punto de partida. En esta organización de segundo orden (organización para organizar la comunidad) sobresale la figura del «asistente social». El asistente social es el que ha de manipular convenientemente la comunidad para dirigirla hacia los objetivos del promotor. Sin embargo, dada la constante relación con la comunidad, es fácil presumir un cambio a favor de ésta con menosprecio de los objetivos originales. Asimismo, esta independización de la tecnocracia coincide con otra relación conflictiva entre ella misma y la estructura jerárquica de la comunidad. Esta relación (burocracia *versus* jerarquía local) es la principal fuente de conflictos manifiestos en la praxis comunitaria. El desarrollo posterior de la praxis comunitaria hace prever que la organización tecnocrática alcanzará los puestos más elevados de la jerarquía social de la comunidad. De esta manera se cumplen también las previsiones de elitismo y poder de «los de fuera» frente a la mayoría de dentro. No obstante, esa organización tecnocrática no es un frente homogéneo, sino que presenta dos vertientes diferentes: la propiamente técnica (ingenieros, médicos, arquitectos, etc.) y la dirección político-social (cuya máxima representación es el asistente social). Mientras que la técnica está orientada hacia la sociedad exterior, la otra —la dirección político-social— suele reorientarse hacia la comunidad. El conflicto es más fácil que aparezca entre la parte técnica de la organización tecnocrática y el resto de la comunidad.

Para completar algo el boceto anterior debemos repetir tres ideas que acompañan al enfoque comunitario. La «eudemonía», es decir, la felicidad en su sentido total, el desarrollo integral de la personalidad, parece más fácil de conseguir en una comunidad de este tipo que fuera. Aunque también hay que tener en cuenta que esta organización social no gusta a todo el mundo, y que incluso puede llegar a resultar más una cárcel que un vergel²¹. Otra idea importante es que, pese al entramado social desigualitario, son muchos los factores que proporcionan un alto grado de igualdad entre los miembros de la comunidad. Por último, la praxis comunitaria, en cualquiera de sus versiones, no puede ser considerada como alternativa de cambio integral a la sociedad actual, tanto respecto a los sistemas sociales económicamente desarrollados como respecto a los no desarrollados.

²¹ P. GOODMAN, *Ensayos utópicos* (1.ª ed., 1962), Península, Barcelona, 1973, p. 29, afirma: «Comunidad es un valor impuesto, pues son muchas las personas que desean que las dejen tranquilas en lugar de participar en responsabilidades o satisfacciones; ésta es la razón por la que vienen a la gran ciudad.»